

LUIS TAMARGO

TE CONTARÉ

SANTANDER

2005

© Luis Tamargo Alonso

luistamargo@saludalia.com

Santander, 2005.

Depósito legal: CN-104-04.

Índice

TE CONTARÉ

El baile

Una historia de cine

Doble fondo

Pájaros de cuidado

En dirección contraria

Nada a nadie

Falta de costumbre

Te contaré

EL BAILE

Se conocían lo bastante para no pisarse, aunque Emma trastabilló un paso al tropezar con un obstáculo imaginario. Jaime no dejó de sujetarle por el talle y, con suavidad, recostó la barbilla entre el hueco del cuello y su hombro para susurrarle al oído...

-¿Estás bien...?

Ella gimió una leve afirmación, mientras sonaban los acordes de un clásico bolero.

-...Ahora viene otra tanda latina –suspiró, estrechándose aún más junto al mullido, pero recio cuerpo de Jaime.

En la penumbra de la sala de baile Jaime distinguió a algunos amigos que aún pululaban al fondo de la barra; alguien le hizo la señal de victoria desde lejos aunque no supo de quien se trataba. Sudaba copiosamente y le preocupaba que Emma se encontrara a disgusto. Observó de reojo a las otras parejas sin dejar de mecerse en el cadencioso ritmo del baile. Una de ellas abandonó la pista en silencio, agarrados de la mano con gesto cansino. Al lado de ellos otra pareja se movía desacompañada y, para distraerse, trató de imaginar por un momento cómo bailarían un foxtrot... Casi que podía escuchar los jadeos de ella, en exceso alterada. Demasiado frenéticos, pensó.

Emma le sacó de su nube mental con una intempestiva pregunta:

-... Tiene que ser tarde ya, Jaime...

-Sí, casi de madrugada... -le contestó, al mismo tiempo que Emma apagaba su respuesta con un bostezo prolongado.

La pareja de al lado casi chocó contra ellos y ambos se volvieron, extrañados por la inesperada maniobra. La otra muchacha jadeaba sin hallar suficientes bocanadas de aire con que respirar. Se asustaron cuando le vieron abrir mucho los ojos, antes de caer desplomada al suelo; su pareja se sintió impotente para detener su peso en la caída. Acto seguido un grupo de personas acudió junto a la chica. Jaime reconoció un brazaletes sanitario en uno de los que estaban agachados junto a ella...

-No te preocupes, la están atendiendo –susurró a Emma, tratando de tranquilizarla.

Al poco alguien se acercó con una camilla y la pista quedó de nuevo envuelta de música y penumbra.

-...Sí, ahora sí, Emma, este es el último tema –la fatiga de Jaime ocultó el tono alegre que quiso imprimir a su voz y, sin dejar de bailar, se abrazaron aún más fuerte.

De repente todas las luces de la discoteca se encendieron al unísono y un estallido de gritos y aplausos inundó la sala. El locutor de la radio local era quien sostenía el micrófono mientras anunciaba a viva voz a la pareja ganadora del decimonoveno Maratón de Baile de la Ciudad.

Emma y Jaime habían dejado de bailar, pero permanecían aún abrazados en el centro de la pista, casi pegados por el sudor después de veintidós horas continuadas de baile. Todavía el cansancio no les permitía calibrar todo el sabor del triunfo, pero la organización del evento enseguida les emplazó para el fin de semana próximo en el que recibirían su premio en una fiesta conmemorativa respaldada por la prensa y demás medios de comunicación. Ahora sólo deseaban descansar.

Entre el tumulto de amigos y felicitaciones, Jaime arropó a Emma con su abrigo, mientras le acompañaba hasta la salida.

-Te he pedido un taxi, campeona –él vivía a la vuelta de la esquina-. ¿Quieres que te acompañe...?

-No hace falta. ¡Gracias, Jaime! –Emma sacó una sonrisa, exhausta.

Se despidieron con un beso demasiado largo para lo agotados que estaban.

El taxi cruzó la avenida central y los jardines de la alameda en denodada batalla entre la lluvia y los parabrisas, que no hallaban tregua. Cuando llegó a la plaza Mayor del casco urbano antiguo frenó en seco.

-Hemos llegado, señora.

El taxista se giró hacia atrás ante tanto silencio...

-¡Señora!

Emma roncaba con la cabeza apoyada contra la ventanilla. En la radio se oían las notas del saxo de Sonny Rollins en armonioso compás con el ritmo del parabrisas...

UNA HISTORIA DE CINE

Fue un encuentro casual, de los que diseña el destino en el espacio muerto de los cruces de camino. A Gina enseguida se le vino a la mente uno de aquellos guiones cinematográficos que Max, el viejo amigo de sus tiempos de actriz, solía esbozar en apenas dos minutos, con una facilidad tan pasmosa que hacía sospechar por igual de sus acaloradas promesas de triunfo.

-¡No puede ser, Gina, pellízcame, por favor! –Max no ocultaba su sorpresa.

Gina se le llevó al final de la barra, prefería evitar las cercanías del mostrador y el ajetreo de clientes que, tarde o temprano, acabarían por interrumpir o entrometerse en la conversación. La aparición de Max venía que ni pintada para cambiar impresiones con antiguos recuerdos y oxigenar las últimas experiencias, demasiado maltrechas; le vendría bien renovarse con un poco de aire fresco.

Se sentaron a la penumbra de una de las mesas bajas, mientras Max le explicaba con apresurado entusiasmo los motivos de su presencia en aquel lugar. Habían llegado al mediodía y mañana iban a rodar unos exteriores para su próxima película, unas tomas sueltas de fondo para el escenario de otro de sus éxitos asegurados, antes de proseguir viaje...

-...Ya sabes. –Max sonrió entre risitas cómplices- Si no sale uno a tomar una copa y conocer el ambiente nocturno de las ciudades por las que pasa...

Gina posó su mano sobre el brazo de Max, que sostenía la copa, en un gesto de amigable camaradería, sin dejar de prestar atención a las explicaciones de sus proyectos, llenos de nombres y lugares que nunca antes había oído. Pero atendía sin escucharle, ignoraba por qué sus palabras no atravesaban la muralla que se había levantado entre ambos, a pesar de encontrarse tan cerca. No podía quitarse de la cabeza la última cita del día anterior, aquel cliente borracho que le obligó a dormir toda la noche en el sofá. Apenas durmió, en vela, pendiente de acostarse junto a él de madrugada, semidesnuda, para que al despertar no hubiera dudas del trato pactado. Sí, aquel fue un dinero fácil comparado con otras ocasiones, menos afortunadas, desagradables o violentas incluso. Era un hotel de poca monta, a una

manzana del local, donde ya la conocían. Allí tenía su habitación disponible para la ocasión, su propio negocio. Había días de mayor recaudación y noches de insomnio, a un precio imposible, pero a ella le bastaba con poco. No se podía improvisar cuando la supervivencia estaba en juego; el precio arriesgado podía tornarse caro. Había aprendido a elegir y decir no; tampoco iba a complicarse por un plato de mal gusto, así que practicaba el arte de seleccionar para ganarse el sustento con la menor dificultad posible. Era la primera vez en muchos años que se topaba con alguien cercano a su pasado. Sin embargo, Gina manifestó su alegría sin entregarse...

-...¿Y Alex? –la pregunta se le escapó de los labios.

Max dio vueltas a los hielos del vaso y, por unos instantes, pareció meditar en círculos.

-Supongo que era una pregunta inevitable. Lo siento, Gina, no quería...

-Ya no me importa, Max...

Antes de que la foto de Alex Cerone saliera en las portadas de las revistas, Gina trabajó duro junto al prometedor director, ambos sacaron tablas de tantos proyectos compartidos; era la ilusión lo que les impulsaba a esforzarse más allá del límite, no había boato entonces ni malsana ambición. También tuvieron tiempo de estrechar lazos.

-Sí, Gina, sigo con él. Hay mucho trabajo, sabes que no puede jugarse con eso... -Max parecía disculparse por el comportamiento de su jefe y amigo a la vez- No ha cambiado, ya le conoces, es mejor dejarle a sus anchas. Son muchos años trabajando juntos, Gina...

-Sí, mejor dejarle...

Gina se alegró de que su amigo no continuase; siempre resulta doloroso recordar la trayectoria biográfica de un antiguo amor. Nadie podría explicarle nunca con palabras lo que ella misma sintió junto a él. Alex no era hombre que apresar contra las cuerdas ni que encerrar en un puño, pero tampoco servía para tejer un mañana, un ahora, un minuto de cumplida lealtad. El premio fue su primer festival internacional, una mención honorífica, a la que les acompañó el fruto en forma de nueva esperanza. El embarazo, sin embargo, impidió que ella representase el papel protagonista de la nueva película, como en anteriores ocasiones. Acudió a cada ensayo y contempló en vivo la transmutación de los actores, el esfuerzo de la primera actriz por adaptarse al molde que el director plasmaba con derroche en detalles y conceptos. Observó como espectadora privilegiada el discurrir de las escenas, el montaje de un argumento que cobraba vida al tiempo que

desvelaba, entre sorpresa y engaño, la faz de una realidad distinta e insospechada. Luego, las complicaciones de un embarazo difícil ni siquiera le permitieron asistir al estreno. El éxito profesional y un aborto pusieron de manifiesto las incompatibilidades que les separaban. Fue a partir de entonces que Alex se hacía acompañar siempre de su chica protagonista, la actriz de turno de la película en cartel. Por lo visto, no había cambiado nada, pero después de su experiencia, a Gina nada podría hacerla cambiar tampoco de opinión; ni lo esperaba, además.

-¿...Y tú, Gina? Háblame de ti, niña, se te ve igual de preciosa...

Ambos rieron entre carcajadas y cumplidos.

-Casualidad, Max. Es una casualidad que nos hayamos encontrado. Vivimos a una hora de coche de aquí... -Gina se anticipó a la pregunta- Sí, me casé. Mi marido es publicista, me ayuda en la firma de joyas que represento, nada importante, pero da para seguir, sin el acoso de cámaras y fotógrafos y eso... -volvieron a reír, nerviosos.

Desde la penumbra del rincón Gina distinguió la figura del cliente de la noche pasada, esta vez demasiado sobrio. Hizo acopio de energías en un suspiro y continuó con la historia:

-...Hemos venido hoy a visitar a su hermana, la familia es de aquí; olvidó en su casa las llaves del coche y, mientras le esperaba, entré a los aseos. Llegará en breve, no podremos estarnos mucho, hay que regresar...

Por fin el cliente pareció reconocerla y Gina, sin perder detalle de la situación, se incorporó con diligencia de la mesa cuando hizo además de acercarse...

-...¡Ahí llega! No le hago esperar, Max, me alegro mucho de volver a verte. Suerte, Max, un beso.

-Un beso, Gina...

Gina se levantó y cruzó el pasillo del mostrador como una exhalación, rauda, en dirección a su cliente de quien se enganchó por el hombro para conducirlo de nuevo a la salida...

-Hoy repetimos, monstruo. Invita la casa. -le susurró al hombre, que se dejó llevar sin rechistar.

Cuando Max se asomó a la calle les vio desaparecer al fondo de la primera manzana, bajo el parpadeo irónico de un rótulo de neón donde podía leerse: "Hotel La Platea". Todavía no se había repuesto de lo inesperado del encuentro y tan repentino final...

-Siempre fuiste una buena actriz, niña. -pensó en voz alta, apurando la copa de un trago...

DOBLE FONDO

Cuando llegó a la casa el temporal arremetía de nuevo. Aparcó al borde de la tortuosa pista que le había conducido a través de la espesa vegetación. La radio seguía dando noticias sobre el temporal que venía anunciando semanas atrás. Apagó la radio, el motor y se acercó a la casa, un chalet de planta baja y de buena apariencia en el que se había citado con Sally.

-Dentro de una semana exacta en mi refugio de la costa... -había señalado ella.

Rodeó la casa, pero no encontró rastro del coche de Sally; llegaría más tarde, sin duda. El viento y la lluvia le obligaron a cobijarse en el porche y, entonces, comprobó que la puerta se encontraba entreabierta; la empujó levemente y cedió. Con un pie dentro, golpeó la madera con los nudillos dos veces seguidas...

-¿Sally? ¿Sally, estás ahí?

No obtuvo respuesta, pero insistió:

-¿Hay alguien...?

Observó el interior pulcro y ordenado. Le llamó la atención la claridad que iluminaba

la estancia, a través del enorme ventanal que daba al jardín, a pesar del tono ceniciento que estaba adquiriendo el cielo. Siempre le había oído hablar de su casa en la costa y se animó a entrar; aprovecharía para echar un vistazo.

Un separador de mimbre entrelazado hacía las veces de vestíbulo, ahora recogido contra la pared, por lo que nada más entrar se halló de pleno en el salón principal. Se trataba de una sala amplia y espaciosa, de muebles modernos y funcionales, que daban una sensación de confortable intimidad. Contempló los cuadros. Excepto las dos láminas del vestíbulo de entrada, las demás eran pinturas auténticas: paisajes al óleo de marinas y escenas campestres, un bodegón y una composición informal de temas abstractos, en tonos vivos, que no desentonaba con el ambiente acogedor que respiraba la sala.

Una chimenea antigua de piedra presidía la pared del fondo, entre dos cabezas disecadas de corzos; y, del lateral, un pasillo enmoquetado

conducía a las habitaciones. Exploró y revisó una a una, con los cinco sentidos pendientes de atrás, atento a cualquier ruido que delatase la llegada de Sally. Las dos primeras habitaciones eran dormitorios con las camas hechas, armarios de estilo rústico y pintadas de un suave tono pastel. Al final del pasillo había un aseo ancho y limpio, azulejado de pequeños mosaicos verdinegros. Y enfrente, el dormitorio principal: la cama, en el centro, lucía una colcha beige de raso, adornada de motivos florales; suntuosa y elegante, pero práctica y discreta a la vez, enseguida le trajo el olor a Sally. Un largo armario lacado en blanco empanelaba la habitación, pero se resistió a abrirlo. El baño de la habitación estaba completo y, en un rincón, contaba además con aparatos de gimnasia, dispuestos en perfecto orden. Regresó al pasillo y prosiguió su paseo por la cocina. No era muy grande, cuadrada, con un fogón central que combinaba utensilios antiguos sin prescindir de las comodidades más actuales. Observó con detalle las vitrinas que colgaban de las paredes y la colección de frascos ornamentales, vacíos la mayoría, que guardaban en su interior. Los electrodomésticos estaban bien disimulados, a juego con el mismo acabado de roble que las vigas del techo. No tenía hambre, pero ahora acusaba más el cansancio, a causa del viaje.

Volvió sobre sus pasos hacia el salón. A través del ventanal el viento enfurecido se ensañaba con las palmeras, hojas y ramas volaban, y las copas del bosque cercano se contorsionaban, acosadas sin tregua. Aquel maldito temporal estaba retrasando todo, sólo quedaba esperar...

Se sentó en el sofá de ante granate sin extrañarse de la mullida comodidad con que le obsequió; ahora los efectos del cansancio se hacían más notables. Al poco, se descubrió en un par de cabezadas que amenazaban con dejarle rendido al sueño y, al enderezarse, fue cuando reparó en la librería que tenía enfrente. Se levantó con intención de hojear algún libro y, al ponerse de cuclillas para leer los títulos de una estantería baja, notó el suelo distinto... Era una trampilla entarimada de madera de pino. En el extremo presentaba un muesca simulada, a modo de asidero y, cuando tiró de ella, comprobó que podía levantarla sin esfuerzo. La sujetó con el tope de seguridad, mientras observaba los peldaños de madera que descendían. El piso inferior le resultó similar a la planta en la que se encontraba y bajó, movido por la curiosidad. En efecto, las moquetas, las alfombras eran del mismo color; incluso el sofá, los cuadros, la chimenea... Era una habitación exactamente igual a la de arriba, dispuesta y ordenada de forma idéntica a la principal. Nervioso, recorrió el pasillo hacia las

habitaciones: eran una copia perfecta. El aseo, la cocina, el dormitorio grande con su colcha de flores, todo exacto al piso de donde había venido. Pensativo, un fatal presentimiento se cruzó por su mente y, apresurado, corrió hacia la librería del salón... Se acuclilló y sí, también había allí un oculto entarimado de pino transparente. Miró hacia atrás asustado, mientras acariciaba el borde del asidero, indeciso, pero, poco a poco, la trampilla se izó sin obstáculo mostrando una hilera de escalones que no le resultaban desconocidos. Se atrevió a posar un pie y luego otro, pero bajó entumecido por el miedo, que agarrotaba sus pasos.

Se trataba de una estancia similar a la anterior y a la primera, eran iguales las tres. Le costaba caminar, respiraba con dificultad y sudaba copiosamente. Se dirigió directo a la librería, podía ya distinguir la trampilla de madera, allí, en el sitio correspondiente... Pero el ruido de un golpe seco le paralizó. Pensó que tal vez falló el tope de alguna de las trampillas superiores y, al caer, se habrían cerrado, pero cuando el murmullo de voces fue en aumento se dio cuenta de que no estaba solo...

Los ruidos parecían provenir de abajo, se agachó y pegó el oído al suelo: al otro lado de la trampilla distinguió las voces y, luego, los ladridos... Aquello no le gustaba nada, quería correr, pero apenas le respondían las piernas. Comenzó a subir los peldaños, tropezándose en cuanto la prisa le aceleraba. Un pánico atroz le impedía mirar atrás; consiguió llegar a la otra planta y, casi a gatas, a la siguiente. Los temblores se apoderaron de él al comprobar que la primera trampilla estaba cerrada; quiso gritar, pero un nudo le aprisionaba. Tan sólo atinó a golpear tímidamente en la madera, a pesar de haberlo intentado con fuerza... Las voces ahora se oían más cerca, casi juraría que venían de arriba.

De pronto, encima de él, la trampilla se abrió poco a poco, aunque no pudo distinguir nada del otro lado. Había oscurecido y el haz potente de una linterna le deslumbraba, al tiempo que unas voces le gritaban con insistencia:

-¡Suba, no se quede ahí, suba!

-¡Las manos, enseña las manos! –repetía otra voz chillona- ¡Las manos arriba, suba!

Cuando alcanzó el último peldaño distinguió al hombre de la linterna y a los que sujetaban las armas que le encañonaban. Cayeron sobre él y, encima del sofá, le redujeron con rapidez; le hacían daño al colocar

las esposas. Entonces distinguió a los agentes que sujetaban a los perros, apostados a la entrada.

Un policía ascendió por la trampilla del piso inferior.

-Nadie más, señor.

La voz del que sostenía la linterna se dejó oír:

-Buen trabajo entonces. A la chica la detuvieron en el aeropuerto; llevaba el botín en un doblefondo. Hay que dar gracias al temporal, que retrasó los vuelos...

Los coches-patrulla iluminaban la entrada al chalet. Cuando los hombres salieron de la casa una ráfaga de viento mojado les azotó las caras y les hizo tropezar, hombro con hombro, contra el marco de la puerta. El policía y el detenido se cruzaron las miradas.

-¡Maldito temporal! –exclamaron ambos al unísono....

PÁJAROS DE CUIDADO

Ni que la noticia les hubiera pillado por sorpresa. Cuando a Matías Jausoro se le echaron encima los años no le quedó otro remedio que cerrar su negocio de toda la vida, una pequeña tienda de comestibles, que le había valido hasta ahora para subsistir junto a su esposa. Los últimos tiempos resultaron en especial duros, de ganancias mermadas, sobre todo porque los grandes almacenes instalados en las afueras se llevaban los clientes, incluso en fin de semana, y no disponía de recursos para competir ni contra esa marea ni contra la de la edad. Su figura había adquirido volumen y le faltaba humor para soportar tantas horas de pie, atendiendo a los vecinos de aquel barrio aledaño, que se dejaban caer por allí, más bien por desgana e inercia de la costumbre, que por justificada necesidad.

Supuso que, después de tanta convivencia compartida, se habría merecido alguna que otra simpatía; se conformaba con ese saludo correcto, de confianza, de sus antiguos clientes. Pero se equivocó al contentarse con sólo suponer. Fue incapaz de comprender la reacción inesperada del señor Torralba, presidente de la comunidad de vecinos bajo cuyo edificio se encontraba el local de Matías. Aún recordaba el día que plantó aquellos arbustos ornamentales en el muro colindante con la zona ajardinada de la comunidad. Al señor Torralba, entonces, le pareció buena idea; al igual que a los señores de Merino, el matrimonio del cuarto, que nunca salían juntos a pasear; y a doña Ursula, una viuda cincuentona que vivía en el tercero y siempre le dejaba a deber; y a Emilio, el del segundo, que preparaba oposiciones para celador de hospital entre borrachera y fiesta a cual más escandalosa; ninguno se opuso, todos asintieron. Además, el mismo señor Torralba matizó que servirían para que los muchachos no saltaran por aquel lugar...

Matías Jausoro leía y releía ahora la resolución del juez sin dar crédito a lo dictaminado, con la misma incredulidad con que leyó la primera citación, cuando le acusaron de ser el responsable de las grietas del muro. En el juicio le condenaban a quitar los arbustos plantados y a correr con todos los gastos. Para tratarse de una despedida aquella jugarreta fue algo más que una broma pesada.

De alguna manera le habían trastocado los planes, aunque no estaba dispuesto a dejarse aguar la fiesta. Afrontó la jubilación consciente de que dedicarse a una afición le ayudaría a sobrellevarlo mejor. A pesar de que su esposa le aconsejó deshacerse de la antigua tienda, Matías desoyó sus ruegos y lamentaciones.

-...Ese dinero nos vendría muy bien –argumentaba ella sin lograr convencerle-. Además, ¿qué vas hacer cada vez que te asalten todos esos recuerdos...?

-No te preocupes por mí, esos recuerdos estarán a buen recaudo...

Cada mañana Matías Jausoro regresaba al barrio para atender las jaulas que guardaba en su local. Las paredes de la antigua tienda, donde antes descansaron los productos y comestibles, estaban ahora repletas de estanterías, donde los pájaros enjaulados revoloteaban y se alborotaban al sentirle llegar. Cuando Matías abría la puerta los trinos crecían en intensidad...

-¡Hola, pajarillos! ¿Quién les ha traído el menú hoy a mis polluelos?... -Matías llenaba de alpiste los comederos de cada jaula.

-...¡Hola, Emilio, picarón! Mira qué te traigo, toma... -el jilguero entornaba el pico y cantaba, respondiendo cada vez que escuchaba su nombre.

-¿Y tú, Ursula, qué quieres? Aparta, revoltosa, quieta... -Ursula era un verderón inquieto que casi le hace volcar la comida.

-Y la parejita, ¿qué me cuentan hoy los señores de Merino...? –Se trataba de dos canarios muy cantarines, de un amarillo pálido, casi de tono idéntico al de la peluca que la señora Merino se ponía para bajar de compras a la tienda, prácticamente el único trayecto que hacía.

Al fondo del pasillo, que antes ocupaba el mostrador, en un rincón oscuro, colgaba de una percha la jaula de un loro que gruñía estridente, de un color gris sucio...

-¡Hombre, Torralba! ¿Qué hace tan apartado en esa esquina? Nada bueno, supongo. Un poco pendenciero es usted, pero tendré que darle de comer también, ¿verdad?... –la cotorra mostraba su lengua grisácea al abrir el pico.

Una por una, Matías, recorría cada jaula del local conversando con cada pájaro en animada charla; luego colgaba la bolsa de alpiste del gancho donde tuvo primero los jamones y, entre silbidos y siseos que trataban de imitar sin éxito el canto de los animalillos, se despedía de todos hasta el día siguiente.

EN DIRECCIÓN CONTRARIA

Volvieron a discutir, no podía ser de otro modo. Durante los últimos años de su matrimonio las discusiones habían sido la tónica general. A Gonzalo parecía encendérsele un pilotito automático de color rojo cada vez que se adentraba en el farragoso terreno al que Virginia sabía conducirle con habilidad; había aprendido a reconocer – a fuerza de tropezar con el mismo obstáculo- aquella señal de peligro que le avisaba de la imperiosa necesidad de poner punto final a la situación. La experiencia le había demostrado que intentar avanzar en estas condiciones suponía un riesgo innecesario, además de desagradable.

Primero fue el amor lo que se resquebrajó. Las ausencias de Virginia so pretexto de cenas de negocio o con las compañeras de trabajo comenzaron como una insidiosa premonición. Luego, la sospecha tomó cuerpo, el distanciamiento se tornó insalvable y nada había que Gonzalo pudiera hacer para cambiarlo. Virginia se le escapó de entre las manos, igual que el amor y, con ella, el matrimonio, el piso...

Se habían citado aquella tarde para ultimar los detalles finales de la venta del piso. Gonzalo le confirmó que el interés de la pareja compradora se había materializado y hecho efectivo. Firmarían el lunes próximo ante el notario y dividirían el pago en mitades iguales con destino a cuentas bancarias distintas. Virginia tenía prisa por acabar la conversación, había quedado con Ignacio, su amor actual, para pasar el fin de semana esquiando, con habitaciones reservadas en un albergue de montaña. La tarde del viernes se echaba encima y tendrían que evitar la hora punta de salida de la ciudad si querían llegar a disfrutar de su destino cuanto antes, así que al final accedió a pagar a medias también el porcentaje correspondiente a la agencia inmobiliaria. Se había negado en un principio solo por el hecho de no ponerlo fácil y discutir; sabía que a Gonzalo se le derrotaba nada más empezar con un buen portazo en medio de las narices. No dejaba de resultarle un tanto cómico el gesto de abatimiento que le embargaba y, aunque tal vez pudiera parecer un juego cruel, había descubierto que los hombres en general dejaban de ser unos superhéroes en cuanto se les acorralaba entre la espada y la pared. Disfrutaba ciertamente de esos breves instantes de duda y desconcierto, donde su inestabilidad

quedaba patente; de alguna manera le hacía sentirse más segura y fuerte.

Sin embargo con Ignacio no se había atrevido a llevar su estratagema hasta ese límite. De un lado, prefería evitar las consecuencias, la sensación de ese efecto desolador; y de otro, tampoco deseaba arriesgar demasiado con su actual acompañante y, a la vez, director de la Compañía. Desde que vino a ocupar el puesto ella se convirtió en la secretaria perfecta y en una ayuda inestimable que enseguida se aprestó a rentabilizar. Al menos se trataba de un proyecto de futuro más consolidado y prometedor que el que auguraba su vida con Gonzalo, a base de trabajo, convivencia y sacrificios. Al fin y al cabo el amor hallaría por sí solo su sitio rodeado de comodidades.

Cuando Gonzalo comenzó a recordar en voz alta, sin disimular el tono de reproche, los esfuerzos y penurias que les llevó la adquisición de aquella vivienda donde comenzaron los primeros tiempos de su relación matrimonial, Virginia se incorporó del asiento:

-...Entonces hasta el lunes, Gonzalo, allí estaré para firmar. – concluyó, mientras recogía el bolso y se abotonaba el abrigo.

-Está bien, adiós...

Gonzalo la observó salir de la cafetería y casi estuvo a punto de pronunciar su nombre, que refrenó con un suspiro resignado. Desde la separación, Gonzalo se había trasladado a un discreto apartamento alquilado en pleno centro urbano, pero le desalentaba el panorama de enfrentarse a la soledad gris de todo un fin de semana por delante, así que decidió acercarse hasta la casa de su madre en las afueras; le sentaría bien la compañía y el sosiego de una población pequeña en mitad del campo.

A Virginia le resultó imposible esquivar el tumulto del tráfico en la hora punta. Cuando llegó a la casa en la zona residencial, Ignacio ya le aguardaba impaciente...

-Creí que nunca ibas a llegar, cariño. Está todo listo, ¿vamos?

-...No se te ocurra salir por el centro, está de locura...

-Iremos hasta la circunvalación, por sentido contrario –aclaró Ignacio, mientras cargaba las maletas-. Daremos un rodeo más largo, pero más fluido. No perdamos tiempo...

Un cielo metalizado se tiñó de gris y las primeras gotas cayeron sobre el parabrisas del todoterreno de color caqui en el que enfilaron la autovía de salida hacia la circunvalación. Ignacio se afanaba por recuperar los minutos perdidos y aceleraba a pesar de la cortina de lluvia que empañaba la carretera y dificultaba la visibilidad. Las

ruedas chapotearon con un giro extraño en la curva y, casi sobre la mediana, Virginia se inquietó:

-No tan rápido, cari...

Cuando el centro se desatascó a Gonzalo no le resultó costoso dejar a un lado la circunvalación. A pesar del retraso, ahora avanzaba solo por la carretera, más descongestionada que el carril de encima donde, en sentido contrario, circulaban ávidos por alcanzar las afueras. La lluvia le obligó a aminorar la velocidad. Apagó la radio y apretó el encendedor, mientras sacaba un cigarrillo de la guantera. Al levantar la vista, mientras lo prendía, apenas tuvo tiempo de distinguir enfrente el todoterreno caqui que, arrollando aire y agua, volaba en tirabuzones mortales contra él...

NADA A NADIE

Arriesgarse era así, no había hecho más que dar el primer paso y ya le acompañaba la suerte de andar vivo. La guerra civil le atrapó en medio de una atmósfera que asfixiaba ambiciones y deseos; y también el hambre. Hambre de conocimientos, de ideas y razones que ayudaran a vivir; nada más corrosivo que matarse unos a otros. Que su futuro le estaba esperando, eso, un muchacho de veintitantos años lo sabía, aunque desconocía el nombre que el destino le tenía reservado; entonces se llamaba Esteban.

Ahora, por ejemplo, que nada le ataba ni nadie le retenía, podía afirmar que todas las guerras eran una estupidez, sin duda cualquiera lo era. Pero mientras silbaban a su alrededor los obuses con su siembra de muerte y destrucción la palabra desgracia adquiría un sentimiento muy real; al igual que las otras palabras. Madre, sangre, pan, vida, no eran sólo letras, podían sentirse tan verdaderas que, si faltaban, nadie podría saber nunca de lo que sería capaz de intentar para resucitarlas...

Por eso acudió a la cita convenida con los otros tres implicados; sólo conocía a uno de ellos, vecino desde la niñez, que acertó a calcular las auténticas posibilidades de sus valentonas, más que las de sus alardes. Fue el mismo que se lo propuso y a Esteban, en tiempos de guerra, no le pareció descabellado. A los otros dos les conoció el día anterior a zarpar, cuando se introdujeron todos en el diminuto habitáculo de la bodega de aquel barco de pescadores. Fue una noche de espera estrecha y tensa, hasta que los motores sonaron de madrugada con un idioma nuevo de libertad y amanecer, que pronto se aprestaron a defender.

No fue hasta que se alejaron mar adentro que su amigo desenvolvió del arrugado pañuelo una pistola. Esteban se asombró de la cantidad de imágenes que podían acudir a la mente en milésimas de segundo, incluso enclaustrado en un agujero de dos metros cuadrados y calado de agua hasta las sienes, pero también se asombró del rostro que adquiriría el final cuando podía palpase tan cerca. Ya no había escapatoria. Echaron a suertes quién de ellos saldría a cubierta con el arma para secuestrar al capitán. Y entonces Esteban supo lo que antes no pasó de ser una premonición, así lo explicaban las monedas que los cuatro polizones ocultaron a sus espaldas para jugar a suertes el futuro.

Nada más botar el portón de la bodega, a Esteban le azotó un golpe de salitre en el rostro que, en ese momento, no sabía si agradecer o ignorar, más preocupado por mantener firme el arma y dirigirse, sin equivocar ni un solo paso, a la máxima autoridad del barco. Gateó por la escalera que subía a cubierta y se detuvo al descubrir arriba el cielo gris, demasiado oscuro para tratarse de un nuevo día. El olor a mar le embriagaba y, mientras contemplaba las nubes negras que correteaban aceleradas sobre su cabeza, pudo escuchar las voces atareadas de los marinos en plena faena. La mar estaba mala, pero en época del bonito, no era impedimento ni disculpa para abandonar la pesca, sobre todo cuando la necesidad se erigía en la única contienda que merecía librarse en un país roto.

Accedió a cubierta por la escotilla de popa. De espaldas, dos marineros atendían las redes, mientras otro se ocupaba de ordenar los aperos junto al pescante. Una cortina fina de agua, mezcla de mar y de lluvia, le dejó vislumbrar en la proa a otros dos pescadores más, también concentrados en mantener el equilibrio. Avanzó agachado hasta el toldete, en cuanto distinguió dentro al patrón, que manejaba el timón en pugna con el oleaje encrespado. En cualquier momento podían descubrirle, alertar, anticiparse a su acción, pero ni podía perder tiempo ni fracasar. Ello suponía el regreso a una cárcel segura y, después, al final de un pelotón de fusilamiento. Paró un instante imperceptible para evitar que el vaivén del casco le jugara una mala pasada y, cuando asió la puerta del cuarto de mando, entró de un salto, con fuerza, para agarrarse al cuello del capitán sin dejar de amenazarle en la cabeza con la pistola.

Al principio los pescadores, desconcertados, tardaron en comprender. Ya habían subido de la bodega los tres polizones y el vecino de Esteban les explicaba, al tiempo que conminaba a no intentar ninguna locura en perjuicio de todos...

-No os pasará nada si nos lleváis a puerto francés -repetía a unos y otros-. No va a pasar nada a nadie. Nada a nadie.

Tal vez fue la contundencia del argumento o tal vez el gesto sumiso del patrón, con el cañón del arma sobre la sien, pero los marinos dieron muestras de entender y acceder y, señalando al cielo con sus manos, optaron por realizar el trabajo que ellos conocían bien y que, en aquellos precisos momentos, requería la más prioritaria de las atenciones. El cielo se había teñido en su totalidad de un color ennegrecido propio del averno y las nubes, antes grises, se

deshilachaban en tiras que el viento huracanado difuminaba y hacía desaparecer en añicos.

El capitán intentó hacer comprender a Esteban la urgencia de dejarle atender la radio, que parpadeaba, pero su tentativa resultó inútil. Esteban no podía permitirse ningún descuido.

-¡Por lo que más quieran!, si no entramos abajo el mar nos barrerá a todos... -el patrón imploró.

La mar ahora era de la misma negrura que el cielo y montañas crecientes de olas se elevaban por encima de cubierta. Conscientes de su fragilidad y de lo que se avecinaba, el resto de marineros también hizo el gesto de guarecerse adentro y, sólo entonces, Esteban accedió a bajar a la bodega, sin soltar el arma ni al rehén.

Fue una travesía dura, de locos, incluso hasta para los más avezados. Entre utensilios y vómitos, desperdigados por el suelo, los tripulantes fueron zarandeados por una mar endemoniada que convirtió el Golfo de Vizcaya en un caótico viaje al fin del mundo. Por momentos, Esteban tuvo esa certeza de que había llegado el fin y, en cierto modo, le pesaba que hubiera tenido que ser así, a punta de pistola, con un arma en la mano. Pero ya no había marcha atrás, si aquella mar de mala madre se decidía por devorarles se tragaría también su culpa con él. Le dolía la parte interior del brazo de tanto sujetar el cuello del capitán, a quien no soltó ni un solo instante y se encontraba molesto, incómodo y apretujado, entre tanto desorden. Creyó que se trataba de una disculpa para aflojar la presión cuando le oyó decir al capitán, en voz baja, que la tormenta ya había pasado, mientras un estrépito de temporal eléctrico acompañaba las embestidas a la embarcación y amenazaba con hacerla volcar. Aún se sucedieron unos largos minutos más en los que oyeron crujir la madera y cada tornillo de acero remachado de aquel vapuleado cascarón, hasta que al fin pudieron darse por contentos de haber caído en medio de una monótona tarde gris.

Esteban acompañó de nuevo al patrón hasta el timón. La tormenta les había acercado a la costa y, en la calma del horizonte, Francia era ahora una franja gris de tierra arrugada al alcance de la mano. El patrón masculló entre dientes...

-Están ustedes locos...

-No es asunto suyo, oiga, siga adelante...

No tardaron en cruzarse con algunas patrulleras de salvamento, alertadas al no recibir señal. Les custodiaron hasta el puerto más cercano y, nada más poner pie en tierra, fueron detenidos por la policía

marítima, primero, para pasar después a la policía francesa judicial. No fue un buen recibimiento precisamente. A Esteban le pareció que aquel trato no iba acorde con el país de sueños y el ideal de libertad que se había imaginado en su paraíso mental, al menos el anhelado en oposición a lo ya conocido. En los meses siguientes, él y sus compañeros de exilio fueron desperdigados por diferentes ciudades del país, distantes y separados, para imposibilitar así la oportunidad de volverse a reunir. Así conoció, de celda en celda, el precio de la libertad en la tierra que había elegido y que no era la suya.

No fue hasta muchos años después, a la salida de la fábrica de cerveza donde se congregaba una manifestación de trabajadores, que volvió a encontrarse por casualidad con su vecino de la infancia. Se abrazaron como dos enamorados y, entre vasos y pitillos, se contaron penas y andanzas.

-Me vuelvo a casa, Esteban, ya podemos... -le confesaba su amigo, emocionado.

A él, sin embargo, le resultó extraño volver a escuchar su nombre; todavía se llamaba Esteban.

FALTA DE COSTUMBRE

No se lo esperaba, de ahí que el anticipo inesperado de sus vacaciones nubló en cierto modo la sorpresa de lo que debía ser un merecido regalo. Mariette tenía comprometidas aquellas fechas, desde la primavera pasada, para visitar a su hermana en Brindisi; su cuñada insistió para que también llevara con ella a los niños, hacía mucho tiempo que no veía a Flora y al pequeño Benicio. Él mismo convino apenas una semana atrás que a los chicos les vendría bien un cambio de aires en el pueblo. Así que cuando aquellas vacaciones le llovieron caídas del cielo, debido a imperativos de empresa imposibles de posponer, era tarde para improvisar un arreglo. No obstante, se dispuso a afrontarlas solo y, en cualquier caso, aprovechar el descanso.

-No te preocupes, cariño. Aquí os esperaré, pasadlo bien –le había dicho a su mujer, en tono animoso, cuando se despidió de ellos por la mañana.

Lo primero que hizo fue recoger todo lo que habían dejado desperdigado por el suelo; le mantuvo ocupado más tiempo de lo que pensó en un principio. Había que ver la cantidad de cachivaches y juguetes que aquellos críos eran capaces de remover y desordenar. Entre los cuentos y revistas que había debajo de la mesa del salón encontró el mando del televisor; siempre ponían el volumen demasiado alto y aprovechó para apagarlo. Por un instante permaneció dubitativo, tal vez se lo propusiera, ser capaz de no encender aquel condenado aparato...

Mariette le había dejado preparada una cacerola de pasta que sólo debía calentar y volver a guardar en la nevera, así tendría para tres o cuatro días, casi para la semana que iban a estar fuera. Hasta el mediodía se dedicó a retomar la lectura de aquel libro que tenía pendiente desde el invierno anterior y que, por fin, logró terminar. Después de comer buscó entre las estanterías de la biblioteca y dio con tres títulos con los que nunca antes se había atrevido: Tólstoi, Lorca o Faulkner... ¿Por qué no? Era la ocasión; comenzó por el ruso.

A media tarde levantó la vista de las páginas que le habían mantenido embelesado y, por unos momentos, aún se mantuvo así, entre absorto y alucinado, envuelto en una especie de aura extraña, que el silencio parecía haber tejido a su alrededor.

-Debe de ser la falta de costumbre -pensó-, estamos poco habituados al silencio...

Le llamaron la atención los sonidos que el silencio escondía en su aparente insignificancia. Podía escuchar la radio de la vecina del piso de abajo, una anciana de la que incluso distinguía los pasos mezclados con el ritmo de la cachaba que le acompañaba por el pasillo y, también, la campana del reloj de pared que en cada cuarto se hacía notar. El teléfono sólo se dejó oír en una ocasión, cuando Mariette llamó para confirmar que el viaje transcurrió pesado, pero bien; que hacía mejor que allí y que su hermana le enviaba recuerdos. Aquella noche tardó en dormirse más de lo acostumbrado, echaba en falta algo que no acertaba a definir, se hallaba demasiado despierto, le pesaba el vacío. En el silencio de la noche la calle se pobló de ruidos vivos; reparó por vez primera en el estruendo que armaba el camión de la basura en la recogida de los contenedores y, también, en el golpe brusco que la puerta del garaje emitía cada vez que se cerraba. Nunca imaginó que las sirenas de las ambulancias sonasen tanto durante la noche

Al día siguiente salió a dar una vuelta por la ciudad. Bajó hasta Parque Cavour, dobló por las callejuelas estrechas de la zona de bares y, evitando los locales comerciales del Boulevard de Viteleschi, bordeó la alameda, hasta desembocar por el puente que atravesaba el río, en la margen derecha, más tranquila para pasear, donde sólo algunas parejas ocupaban los bancos del parque y donde, de vez en cuando, pasaba corriendo algún gimnasta concentrado en el ejercicio. Sin embargo, le daba vueltas en su cabeza a lo último que había leído y apresuró el paso de regreso a casa; quería llegar cuanto antes para continuar la historia y acabar con la incertidumbre. Antes se desvió por la calle Morosini, atiborrada de turistas y comercios, para alcanzar la Plaza Sonnino, donde se celebraba la Feria del Libro; allí se entretuvo sin prisa en seleccionar las próximas lecturas que le ocuparían en aquellos días y, al final, terminó por volver mucho más cargado de lo que proyectó.

Nada más llegar a casa se dirigió a la enciclopedia que hasta ahora había adornado la parte alta del estante y extendió varios tomos sobre la mesa. Abrió el diccionario y echó mano de dos cuadernos que le había regalado una marca publicitaria y que descansaban desde no sabía cuándo en el borde de la mesita camilla y se aprestó a tomar nota. En su recorrido de hojas hacia delante y hacia atrás le surgieron nuevas dudas a modo de tareas pendientes que aprovechó para, de una

vez por todas, tratar de dejar resueltas. Por fin, ahora lograba colocar al Pleistoceno y a la era magdaleniense en su justo lugar. Ya imbuído en la faena, investigó la historia romana; siempre le quedó la duda de si el estoicismo triunfó en la dinastía Antonina o si fue en la de Vespasiano, o de si Calígula precedió a Nerón o sucedió al revés. Por el camino se entretuvo con algunas máximas de Séneca que inducían a la reflexión y, a intervalos, se distrajo en imaginar la mentalidad de otras culturas desde ángulos y conceptos del presente.

Cuando quiso darse cuenta había pasado la mitad de la semana entre lectura, apunte, paseo y descanso. Reconoció los beneficios de la curiosa mecánica que había elegido, casi sin proponérselo, para eludir la rutina que inutilizaba cada día sus sentidos. Se sentía más lúcido, atento, reflexivo y ágil y, sin dificultad alguna, de una manera natural, se sucedían ante él una cantidad de adjetivos, hilvanados a la perfección, que bien pudiera haberse tratado de emperadores romanos o reyes godos, que habría sido capaz de memorizar o enumerar de una sola vez, sin equivocarse ni repetir. Se descubrió inmerso en concienzudas reflexiones, entregado en solitario a disertaciones sobre temas de actualidad sobre los que antes nunca sospechó contemplar desde un criterio tan elaborado, a la luz de la última información que se preocupó en explorar y desentrañar. Le interesaba el antes y el después de la noticia, la clave del meollo, la búsqueda del dato que proporcionaba cohesión al argumento, sin dejar nada al azar, ni cabos sueltos. El resto de los días se sumergió en una lectura honda, concentrada, de los clásicos que acababa de adquirir en la feria del libro.

Su atención, entrenada a base de exquisita disciplina durante esos días, se tensó como una fibra entre una página y otra de la obra que estaba a punto de finalizar, expectante, alerta, a la espera de una señal, de un aviso que llegó en forma de ruido familiar, aunque brusco. Un tropel de pasos apresurados provenientes de la escalera le indicaron que ya estaban aquí los niños y Mariette... El timbre sonó una y otra vez en continua impertinencia y no cesó ni siquiera cuando les abrió la puerta.

Flora fue la primera en echársele encima con un abrazo manchado de chocolate; el pequeño Benicio le besó, le abrazó y le pisó el empeine del pie izquierdo, causándole un terrible dolor que apenas lograba disimular mientras besaba a Mariette que, cargada de paquetes hasta el sombrero, no cesaba de hablar y preguntar al mismo tiempo.

-Sí, bien... No, no –trataba de contestar a todo-. No... Claro que sí os he echado de menos, claro...

En una ráfaga de segundo se encontró oculto tras una montaña de bultos, maletas y regalos que su esposa trataba de explicar por orden alfabético y sentido cronológico. Le bastó un vistazo rápido a la sala para descubrir que aquel lugar ya no era la sombra de lo que antes fue el refugio virgen de un privilegiado erudito. Paquetes, juguetes y cachivaches se extendían por el suelo en difícil combinación para ser sorteados y, con el gesto alarmado de un peligro inminente, se apresuró a recoger los libros y cuadernos que hasta entonces habían descansado en la mesa del salón.

-La tía Palmira me dio recuerdos para ti... -le gritó su mujer desde la cocina.

Quiso mirar hacia atrás para corresponder a las palabras de Mariette, pero tropezó con algo en la alfombra y cayó todo lo que era de largo. Los niños regresaron corriendo y pasaron con sus gritos sobre él y sobre su trabajo, pisando los libros y papeles desparramados en el suelo. Mariette se acercó atraída por el ruido; sin darse cuenta acababa de aplastarle las gafas...

-Sólo se han doblado... -musitó él, con un hilo apagado de voz.

-¡Al menos no están rotas! –apostilló ella con cierto alivio.

Al revuelo ensordecedor de la habitación se le escapó el ruido de un cristal roto; la tulipa de la lámpara del recibidor colgaba torcida. Una lluvia de zapatos y muñecos invadió la estancia, amenazadora.

-¿Quieres decirles algo a esos críos? Están insoportables, apenas nos dejaron charlar allí en Brindisi... -intentó reprender Mariette, mientras desempaquetaba uno de los vestidos de sus compras- ¿Te gusta este...?

En el salón los niños continuaban peleando, ahora discutían por la posesión del mando del televisor. De repente, el volumen del aparato se elevó sobre sus cabezas, inundando la casa de fantasmas olvidados. Sentado en la alfombra, con las gafas dobladas entre las manos y rodeado de las ruinas de sus libros amigos, le pareció que el silencio huía despavorido, traicionado en su intimidad.

Flora lanzó el mando contra Benicio, que pasó rozando la esquina superior derecha del televisor, para chocar contra la pared y estrellarse en el suelo. Benicio lo recogió entre risas y gritos, victorioso.

-¿Te imaginas apagarlo? ¿vivir sin televisor?... –le desafió Flora.

-... Tú estás loca. –se burló el pequeño.

TE CONTARÉ

Todo comenzó como una excursión más, una de tantas de las que hicimos con el primo Ted a la Sierra de Las Calaveras. Fue el primo Ted, algunos años mayor que yo, quien me inculcó esa pasión por la montaña. Nuestro sitio preferido era aquella enorme roca que llamábamos La Silla, sobre todo porque en uno de sus lados era lisa y vertical como el respaldo de un gigantesco asiento.

Recuerdo que en aquella ocasión nos acompañaba Julie, la novia de mi primo, con aquel mechón de pelo blanco tan característico que lucía en el flequillo y que, además de inconfundible, le daba un aspecto de montañera poco convencional. Ted había estrenado unas llamativas botas de escalador que adquirió por catálogo y, durante todo el trayecto en tren hasta La Sierra, no cesó de mostrar, alabar, ensalzar y aburrir con tanta novedosa exclusividad.

Solíamos acampar en el claro próximo a La Silla, en un improvisado albergue semiderruido que antes debió utilizarse de cabaña para guardar ganado. Allí, al llegar la noche, el primo Ted siempre contaba historias y una en particular que repetía en cada ocasión, primero con el grupo de montañismo y después con los pocos allegados que decidimos organizarnos por cuenta aparte. Aunque ya conocíamos el desenlace de la historia escuchábamos atentos aquella parodia versionada del conocido cuento de Caperucita Roja... Cuando el primo Ted llegaba a la parte final en que la niña preguntaba a su abuela “por qué tenía la boca tan grande”, ésta le respondía que “era para contarle un cuento”. Entonces uno de los asistentes, compinchado –muy a menudo yo mismo-, le preguntaba a algún otro de entre ellos, delatando así a la víctima elegida:

-¿Cuál quieres que te cuente...?

Mientras el otro pensaba, estupefacto por el giro del cuento, dubitativo, el primo Ted se abalanzaba todo lo corpulento que era sobre él y descargaba un golpe tras otro, contando en voz alta de uno hasta diez, en medio de jocosas risotadas que se contagiaban con rapidez al resto del público espectador. Era su broma predilecta y hoy la recuerdo en especial porque en aquella última ocasión no pudo terminar de repetirla ya que tanto Julie como yo la conocíamos.

Aquella mañana el primo Ted se propuso escalar La Silla por el lado cortado y nos prohibió subir con él. Recuerdo que antes dejarnos se dirigió a su novia:

-Cuidame a ese cachorro, que no se pierda...

Fueron las últimas palabras que le escuché. El primo Ted no bajó de aquella peña, nunca le encontraron, su cuerpo debió caer y extraviarse entre la grieta que separaba aquella lasca estrecha de la pared recta. Cuando llegaron los equipos de salvamento no hallaron rastro suyo, resultaba humanamente imposible adentrarse en la sima interior de aquella lasca inexpugnable y rugosa, armada de aristas. Lloramos mucho su pérdida.

Van a cumplirse dos años de aquel suceso y, desde entonces, Julie ha permanecido fiel a mí, ni el primo Ted se imaginaría cuánto... Julie y yo hemos consolidado nuestra relación, eran muchos detalles comunes los que nos unían, el primo, las excursiones, la montaña, que resultaba algo de lo más lógico y natural que lo nuestro desembocara también en una ardiente pasión. Vamos a casarnos a principios del próximo año, ya hemos escogido fecha. Para entonces Julie habrá finalizado ya el curso en la universidad y será una bióloga a la búsqueda de trabajo, nos hará falta para salir adelante.

Hoy me he acercado a la Sierra porque desde entonces no habíamos vuelto a pisar el lugar. Aproveché que Julie marchó a la capital durante toda la semana para realizar unos exámenes y, sin decirle nada, por temor a resucitar antiguas heridas, escogí pasar la noche en el refugio, a la sombra de la gran roca que tantas emociones nos proporcionó. Sin Julie en casa me sentía demasiado sólo y estando allí, con la montaña tan cerca, al menos me acompañaban los intensos recuerdos.

La luna casi llena clareaba a través de la ventana del albergue, no podía dormir. Cambié de postura y me volteé, pues me pareció haber oído un ruido afuera. Luego, ví la sombra a través del cristal, lento, me incorporé... No podía ser cierto. Vigilé, en cuclillas, la oscilante sombra de aquel animal que se proyectaba dentro del refugio, no podía menos que inquietarme. Enseguida me apercibí de que buscaba la forma de entrar, incorporado en dos patas contra la ventana. El miedo me removió, reuní todas mis fuerzas y, sin parar a pensarlo demasiado, salí corriendo, campo a través, hacia el bosque cercano, no sin antes caer en la cuenta de que otras sombras parecían cobrar vida en la linde oscura. Corrí despavorido, con desesperación, escuchaba al enorme animal en pos de mí y miré, asustado, hacia atrás. Aquella bestia

andaba sólo sobre sus dos cuartos traseros y calzaba las botas del primo Ted... La impresión fue definitiva.

Nada más entrar en el límite del bosque, más preocupado por no chocar con las ramas altas, tropecé dos veces seguidas con las anchas raíces antes de caer con el rostro hundido de miedo entre la hojarasca. Permanecí así, inmóvil, sobrecogido, bajo las patas de la enorme fiera que me olisqueó desde la suela del calzado hasta la coronilla. Podía sentir su aliento salvaje deslizarse por el cogote. Casi muerto, con los ojos cerrados y los puños apretados, no podía dar crédito a aquella pesadilla, espantado, ya sólo esperaba en cualquier momento la dentellada fatal. Pero el gran lobo negro se hizo a un lado y, de reojo, me atreví a observar cómo las otras sombras se agrupaban en torno a él. Pude distinguir el curioso mechón cano en la frente de otra de las bestias... Al poco, en silencio, les ví marchar en fila y alejarse hasta que desaparecieron entre los árboles de la noche.

Aún aguardé un rato interminable. Entumecido por el temor no podía moverme, pero salí arrastras del bosque. No sé cómo pude atravesar el claro y, luego, caminar en la oscuridad hasta la estación. Pero cuando llegué a la casa todavía no había recobrado el aliento ni el calor. Ya desde el pasillo observé la luz del contestador telefónico que parpadeaba... Recordé que Julie había quedado en avisar, seguro que era ella. Encendí el contestador mientras la voz de Julie inundaba de ecos las paredes de la sala...

-Cariño, ven a buscarme al mediodía. Habrá demasiado jaleo, no entres al aeropuerto. Espérame en la parada de taxis, junto a la estación. Ya te contaré...

F I N

El AUTOR



El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Cursó estudios de Filología Hispánica y ha publicado “Escritos Para Vivir” (1998), su primer libro de poemas; y “Era Un Bosque” (2004), de relatos. Además de su obra poética, agrupada bajo el sobrenombre de “Poemágenes”, trabaja en la actualidad en una selección de relatos donde la prosa adquiere una dimensión poética emocional.

luistamargo@saludalia.com

** “ Es Una Colección de Cuadernos con Corazón”, © Luis Tamargo.-*

SANTANDER
2005